

## Editorial

### La sonrisa del fantasma. El ideario de una sociedad sin clases

Humberto Márquez Covarrubias\*

#### De clases sociales y personas reales

Entre 2017 y 2018, se acumularon diversas conmemoraciones de hechos y publicaciones que marcaron una época del pensamiento crítico y los proyectos de emancipación humana: en el primer año se celebraron los 100 años de la Revolución rusa de octubre de 1917 y en el segundo se cumplieron 150 años de la publicación del primer tomo de *El capital* en 1818, los 170 años de la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* en 1848 y, por si fuera poco, los 200 años del natalicio de Karl Marx en 1818. Pero estos acontecimientos no sólo son dignos de celebrar, sino, ante todo, de reflexionar y verificar hasta qué punto siguen siendo referentes para pensar un proyecto de construcción de una sociedad liberada, emancipada.

El pensamiento crítico, sobre todo el que preserva una orientación socialista y comunista, abrevia del concepto de lucha de clases, que tiene implícitos los de clases sociales, Estado y capital. No obstante, la obra cimera que alimenta la teoría y práctica de esta perspectiva, *El capital*, no se ocupa de los primeros dos, que configuran la dimensión política y fundamentan la teoría y práctica de talante revolucionario. En otras publicaciones, como

\* Docente investigador de la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas», México.

el *Manifiesto del Partido Comunista* (Marx y Engels, 1998) y el *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (Marx, 1988), se tejen bosquejos conceptuales, pero no se realiza un abordaje a profundidad, pues las intenciones son incitar a la unidad del proletariado internacional y analizar la coyuntura política francesa, respectivamente. Derivado del trabajo teórico, la práctica política de ambos autores, como también lo sería en casos como el de Lenin, fue diversa, en la medida que le concedían más importancia a las clases sociales que al partido mismo, y en vez de idealizar a la organización política, planteaban una praxis política en consonancia a la correlación de fuerzas de las clases sociales que se expresaba en contextos históricos específicos.

En estudios sobre el desarrollo del capitalismo, donde aborda la realidad social en su complejidad, sobre todo en *El capital* (1988) pero también en el *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y, en su momento, Engels, aluden a dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado. Desde esta perspectiva, en el capitalismo se conforma una realidad estructural polarizada que cambia con el desarrollo de las fuerzas productivas, donde las clases se articulan por relaciones sociales objetiva y en conflicto.

En sus escritos políticos de coyuntura, Marx no sólo aborda las dos clases fundamentales del capitalismo, sino que despliega un amplio abanico de clases, fracciones, facciones y una compleja red de grupos sociales. Particularmente lo hace en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1851), donde analiza el golpe de Estado dado por Luis Bonaparte (1808-1873). En ese espacio social aparecen las personas reales:

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por

el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal (Marx, 1988:17).

En esta vertiente, se desplegarán los estudios de Lenin y, sobre todo, de Edward P. Thompson (2012), a partir de la cual se considera que las clases sociales no son exclusivamente realidades estructurales del capitalismo, espacios de las relaciones sociales de producción que vendrán a ser llenadas por las personas reales, sino que además son construcciones sociales que dependen de las prácticas políticas, por lo que tienen que ser abordadas mediante el «análisis concreto de situaciones concretas» (Thompson, 2012).

Se puede advertir que las dos formas de analizar las clases sociales en el trabajo de Marx, la estructural y la coyuntural, si bien se complementan, no están explícitamente articuladas. Como si se tratara de un viaje de lo complejo a lo simple, pareciera que se estaba presagiando que el desarrollo del capitalismo tendía hacia una exacerbación de la polarización entre las clases fundamentales, capitalista y trabajadores, lo cual conduciría al desvanecimiento del resto de las clases sociales. De manera creciente se generaban más proletarios y se aminoraba la cuantía de capitalistas, pese a que siendo minoría acapararían más y más poder. No obstante, esta proposición tuvo que lidiar con las transformaciones del capitalismo experimentado

desde finales del siglo XIX y en gran parte del XX, primero con la aparición y crecimiento de las que algunos denominaran «clases medias», posteriormente con la aparición de la tesis de «adiós al trabajo» (Gorz, 1982) en un mundo posindustrial que decretaría la supuesta extinción del proletariado y finalmente con la aparición del concepto de precariado, que intentaría fragmentar conceptual y políticamente al proletariado al conformarse como una suerte de nueva clase social no proletaria (Standing, 2013). Estos debates son sintomáticos de las transformaciones en los modos de acumulación, en la gestión del trabajo, en la nueva cuestión social y en el fenómeno político del capitalismo de los últimos tiempos.

## Octubre rojo

El gran hito histórico de las revoluciones en el siglo XX, orientadas por el ideario comunista, fue indiscutiblemente la Revolución rusa de 1917. No obstante, parecía ocurrir una contraposición entre la teoría de *El capital* y la práctica concreta de la revolución bolchevique, empujada primordialmente por una vanguardia intelectual de revolucionarios y una masa de campesinos. Al ser un país atrasado, todavía subsumido en el modo de producción feudal, Rusia no cumplía el precepto básico según el cual el asalto al poder, el derrocamiento del capitalismo y el tránsito al socialismo sólo podría ocurrir en los países capitalistas más desarrollados, porque en esos ámbitos se habría engendrado un proletariado masivo, que tomaría conciencia social, se organizaría y acometería la revolución social. Más parecía que el libro estaba dirigido hacia los burgueses que a los proletarios, a quienes estaría dedicado preferentemente, en tanto arma de la crítica que fortalecería en su

momento la crítica de las armas, según anticipara el joven Marx; pero en países subdesarrollados sugería la necesidad de primero crear las condiciones materiales, como la procreación de una burguesía y un proletariado, para desplegar un desarrollo capitalista hasta que maduraran las condiciones que permitieran, en un momento de exacerbación revolucionaria, que el proletariado por fin se asumiera como el sujeto de la historia y tomara el poder. Ante ese problema, Gramsci (2001) planteó que con la revolución «los bolcheviques reniegan de Carlos Marx al afirmar, con el testimonio de la acción desarrollada, de las conquistas obtenidas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se pudiera pensar y se ha pensado». Sin embargo, habría que matizar para admitir que invariablemente la realidad es cambiante e impredecible y, obviamente, no está sujeta a los preceptos teóricos ni a los programas políticos, por lo que siempre se amerita una vigilancia epistemológica autocrítica, para eludir la prevención científica todopoderosa e inobjetable. Lo cual no niega el hecho de que el marxismo persista como el pensamiento crítico, la tradición política y el proyecto de investigación más logrado para entender y transformar el capitalismo. Inexorablemente, la realidad es más terca y dura que la teoría.

El comunismo tal como lo conocimos durante el siglo XX, en su versión estatalista comandado por la URSS, producto de grandes gestas de revolución social y luego fraguado en una conflagración ideológica, económica y militar internacional de capitalismo contra comunismo, resultaron en un gran fracaso en su intento de superar el capitalismo y crear una sociedad comunista, es decir, una sociedad sin clases. Al contrario, terminaron siendo otra forma de administrar el capital, aun dentro del marco de la modernidad, con centralidad en el Estado, la burocracia y la planificación,

además de que influyeron diversos factores, como la corrupción, el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas y la claudicación política.

## Variedad de revoluciones sociales y conquistas obreras

La caída del bloque soviético significó la muerte del proyecto de revolución social bolchevique y de lo que se llamó «socialismo realmente existente». El otro gran referente, la «revolución cultural» de Mao Tse Tung, ahora se ha degradado para convertir a China en el mayor laboratorio económico capitalista del orbe, la fábrica del mundo, con un régimen generalizado de superexplotación del trabajo y devastación de la naturaleza, con centralidad política en el Estado autoritario y la alianza económica con países desarrollados que consumen gran parte de la producción industrial, pero también con países periféricos que los abastecen de materias primas y productos básicos vía el extractivismo, lo que explica en gran medida el «auge de las *commodities*» y el éxito relativo de gobiernos progresistas y neoliberales latinoamericanos que han fungido como sus proveedores, los primeros de los cuales captan una parte de las rentas y organizan programas de distribución social, pero sin impulsar una revolución social, sólo una forma de gestión del desarrollo capitalista que reta a algunas políticas neoliberales y promueve la fórmula de crecimiento económico más distribución social. Mientras tanto, el proyecto socialista cubano, emanado de la emblemática revolución de mediados del siglo anterior, una vez que perdió el soporte soviético y que sufrió la guerra económico-política de Estados Unidos y sus aliados, ahora naufraga como una estrella solitaria que hace valedera la hipótesis del socialismo en un solo país, pero la realidad se resiste para superar

el subdesarrollo. Pero también otras revoluciones sociales fracasaron, como la mexicana, aun anterior a la rusa, de 1910, que produjera una constitución de avanzada en el rubro social, sobre todo en los capítulos de propiedad social, trabajo y educación. Sin embargo, los gobiernos posrevolucionarios mexicanos se petrificaron en un gobierno autoritario, el régimen presidencialista de partido único, con una corrupción galopante, hasta que en el seno mismo del Estado llegaron los herederos con formación tecnocrática que implantaron el proyecto neoliberal que literalmente puso a la venta el país y desencadenó la corrupción y violencia generalizados. En suma, el ciclo de las grandes revoluciones sociales del siglo XX ha sido derrotado, paulatinamente, por el capitalismo triunfante y ha convertido a los países que alojaron esos proyectos utópicos en remedos de la modernidad capitalista, amorfos, contrahechos, incompletos, a la deriva.

En la llamada Guerra Fría se difundió la idea de asociar al comunismo como una forma de gobierno, a la cual había que atacar y para ello generar un imaginario donde el fantasma del comunismo era el enemigo a vencer, para bien de la democracia, la libertad y el mercado, valores emblemáticos del capitalismo estadounidense. Empero, la generación que hizo la revolución de octubre y su principal líder, Lenin, no querían sumarse a ningún tipo de gobierno, más bien pretendían construir un gobierno de los trabajadores, un Estado proletario o la dictadura del proletariado, no porque fuera autoritaria o totalitaria, sino porque disolvería el propio Estado e instauraría la sociedad sin clases. Desde una concepción crítica, pese a que en el balance histórico las experiencias de Rusia y China se presentan actualmente como catastróficas e indeseables, habría que considerar que ambos eran países atrasados, rurales, con mayoría de población campesina y que merced a las revoluciones sociales que emprendieron, contra todo

pronóstico, se convirtieron en grandes potencias económicas mundiales, que disputaron la hegemonía a sus contrapartes comandadas por Estados Unidos, la potencia capitalista.

En una franja intermedia, un modelo híbrido que ha oscilado entre los dos polos, vertebrados por gobiernos socialdemócratas, florecieron los países nórdicos, Noruega, Suecia, Dinamarca, Islandia y Finlandia, que tienen regímenes capitalistas, de libre empresa, pero han contado con Estados que en sus mejores épocas afincaron programas de beneficio social, respaldados en tasas fiscales que llegan a ser de más de 50 por ciento y cimentaban la red de protección social benefactora. No en vano esos países han destacado por tener un alto nivel de vida. Pese a que cuentan con empresas privadas, dichos países han contado con movimientos obreros poderosos. Se cuentan entre los primeros países en desarrollar sindicatos, además los partidos obreros derivados de las tradiciones socialdemócratas y comunistas han logrado grandes conquistas, por ejemplo derechos impensables en otros países, como licencias de maternidad de un año, que puede ser dividida entre la mujer y el hombre si optan por ello. También fueron los primeros países, junto con la URSS, en conceder igualdad legal a la mujer. Son gobiernos capitalistas que sacan la mejor parte en el reparto desigual de la riqueza, no sólo al interior de cada país sino a nivel mundial. Además debido al factor ambiental, que hace imposible sobrevivir en el invierno con el puro esfuerzo personal, requieren instituciones que soporten la necesidades sociales. Cuentan con menos población que los países subdesarrollados y, sobre todo, nunca estuvieron sometidos al imperialismo estadounidense, en suma, no son países subdesarrollados sino altamente desarrollados. Sin embargo, las mejores épocas del Estados nórdico han quedado atrás y hoy experimentan retrocesos apuntalados por



las políticas de austeridad (Schierup y Scarpa, 2018). Una posible lección que arroja esa experiencia es que más que contraponer el modelo de desarrollo, hay que recuperar las conquistas de los movimientos obreros, reconociendo sus limitaciones, sin olvidar que son países que funcionan dentro del sistema imperialista, aunque no necesariamente son beneficiarios directos de la explotación de los países subdesarrollados, pero participan dentro de una división internacional del trabajo donde captan beneficios.

Dentro de las propuestas reformistas, sigue en el ambiente la propuesta del ingreso básico universal que es una reforma dentro del capitalismo salvaje, no le hace daño al capitalismo, y de manera tenue sería un acercamiento limitado hacia el comunismo, pues se trataría simplemente de redistribuir la renta desde el Estado, sin cambiar las relaciones sociales de producción ni el régimen de propiedad.

En el siglo XXI, emerge una nueva modalidad incipiente de revolución social, con otros medios y en busca de otros fines, cuyos protagonistas no eran los partidos políticos, ni los movimientos sociales, sino los jóvenes precarizados por las políticas neoliberales. Una serie de manifestaciones populares, la llamada primavera árabe inició movilizaciones en varios países europeos y norteamericanos en contra de la política neoliberal y de los gobernantes de turno. Los jóvenes activistas estaban descontentos con la política neoliberal, cuestionaban a los partidos tradicionales, pero en su mayoría estaban desconectados con las políticas de liberación clasista. Reivindicaron formas de protesta callejeras, con plantones, acampadas y asambleas, y el sello distintivo era el uso de los medios digitales, la organización horizontal y la ausencia de un programa político. Estos movimientos generaron una gran expectativa, pero resultaron efímeros y terminaron por fracasar, sobre todo si se considera que fueron subsumidos a la lógica capitalista y

cuando asumieron la forma de partidos, o alcanzaron a asumir posiciones de gobierno, adoptaron posturas reformistas, como Podemos en España, o de plano claudicantes, como Syriza en Grecia.

## Emancipaciones latinoamericanas

El progresismo latinoamericano, la llamada «marea rosa» que en un caso postuló la idea de «socialismo del siglo XXI» en Venezuela, o los proyectos de Vivir Bien en Bolivia o Buen Vivir en Ecuador, además de proyectos neodesarrollistas en Brasil, Argentina, Uruguay, y experiencias mal logradas por golpes de Estado de distinto género en Honduras, Paraguay y el propio Brasil, tampoco ha logrado una gran transformación social, pues se ha valido del extractivismo y su engarce con las economías industriales para reeditar las economías de enclave reprimarizadas y la dependencia sobre patrones de comercio exterior que postergan cambios en los patrones productivos, el desarrollo científico-tecnológico y transformaciones en las relaciones sociales, en cambio están centradas en la gestión estatal, particularmente en la formación de un Estado rentista, que gana respaldo social con las políticas de asistencia mediante la distribución de la renta. Sin embargo, son economías que siguen siendo subdesarrolladas y dependientes, y muy supeditadas a los constantes embates del imperio estadounidense y de la oligarquía, y a los ciclos económicos volátiles, sobre todo del mercado de materias primas, donde son oferentes.

Los proyectos autonomistas, como el neozapatismo, cuyo proyecto inicial rondaba en torno al objetivo de la liberación nacional, como lo fueran el de guerrillas precedentes de los sesenta y setenta en varios países

de latinoamericana al influjo de la Revolución cubana, han quedado confinados a sus límites territoriales, acosados por el Estado y su cerco militar, pero también por la desarticulación de alianzas políticas con diversos sectores de la sociedad civil y la intelectualidad, que le brindaron un gran apoyo al momento de su aparición pública; por tanto se han visto obligados a replantear sus objetivos y concentrarse en las demarcaciones donde tienen bases de apoyo para configurar sus propios espacios donde recrean sus mundos de vida y trabajo a través de los municipios autónomos llamados para tal efecto «Caracoles», donde han instaurado una institucionalidad comunitaria provista de Juntas de Buen Gobierno, un código de ética, un programa educativo y actividades productivas.

Otros referentes del neindigenismo latinoamericano son los pueblos andinos, y su principio de la *Pachamama*, que cristalizó en el Buen Vivir o el Vivir Bien. En ambos casos, las organizaciones indígenas asociadas a movimientos sociales articularon frentes electorales que resultaron triunfantes y alcanzaron las presidencias de sus países y el control de los ámbitos legislativos, lo que les permitió redactar nuevas constituciones y diseñar planes de desarrollo centrados en la noción del Buen Vivir, que tiene una cosmovisión ancestral de los pueblos originarios pero que se intentó traducir en programa de gobierno. Un trance difícil de completar porque los gobiernos apostaron a la reinsertión al mercado internacional mediante la exportación de materias primas como vía de acceso a una fuente de divisas para financiar al Estado que ejercería el papel central, sin que se hicieran cambios profundos en la trama del capitalismo subdesarrollado y dependiente.

A lo anterior se puede agregar el comunitarismo de los pueblos originarios y mestizos, la comunalidad, que remite a prácticas tradicionales como

las formas de autogobierno, la asamblea, los cargos, el trabajo comunitario, los bienes comunales, las festividades. Modalidades que coexisten con las instituciones capitalistas, pero que intentan preservar prácticas autonómicas.

En un contexto más amplio, la perspectiva de lo común cuenta con un amplio recorrido en torno a la defensa de los modos de vida, los bienes comunes y la reproducción de las clases populares, que se remite cuando menos a *Los debates de la Dieta Renana* (Marx, 2007), se extiende hacia los bienes comunes, se amplifica con los debates sobre los bienes comunes intangibles, pero en todo caso se consolida con la idea de que la política de lo común es una potencia política que desafía al capital y al Estado y sus formas de propiedad privada y estatal, donde lo que importa es el poder constituido por los comunes que se dotan, así mismos, de normas y políticas para el usufructo colectivo del espacio y los bienes comunes (Laval y Dardot, 2015).

Así pues, común, comunalidad, comunismo, son términos que parecen una derivación léxica de una misma raíz, pero más que eso son conceptos políticos críticos del capitalismo, que se inscriben en trayectorias precapitalistas y poscapitalistas, aunque no pretenden los mismos objetivos ni parten de teorizaciones similares, comparten algunos elementos nada despreciables, como la aspiración de superar el capitalismo, más allá de su configuración neoliberal, y de crear un mundo donde prevalezca el interés supremo de la vida humana en conjunción con el medio ambiente.

## La pregunta por el comunismo

En un mundo preñado por la lógica totalizadora del capital y el poder del Estado corporativo, la pregunta por la actualidad del comunismo pareciera

poco menos que un disparate. El mundo moderno está signado por el capitalismo triunfante, que derrocó al régimen soviético y desmoronó a los países de Europa del Este. Los partidos comunistas, que alguna vez pretendieron representar a los trabajadores y terminaron por burocratizarse y responder a los lineamientos centrales del estalinismo, fueron desapareciendo hasta prácticamente extinguirse, salvo algunas pocas excepciones. Aún persisten regímenes políticos basados en un partido comunista, como el chino y el vietnamita, pero están dirigidos por grandes empresarios, en tanto que el cubano vive momentos aciagos por el bloqueo estadounidense, la muerte del líder y el burocratismo; en tanto que el norcoreano es una especie de monarquía hereditaria: mientras que unos están controlados por jerarcas burocráticos procapitalistas, los otros están sometidos por burócratas políticos en crisis.

A la pregunta de si hay comunismo subyace la pregunta de si hay trabajadores: ¿existe gente que subsiste de vender su fuerza de trabajo?, ¿tienen intereses propios? Decía Marx que el comunismo se define no como un estado de cosas por venir sino como la lucha por los intereses reales de los trabajadores en el presente. Esos intereses siguen existiendo, sin embargo no hay un partido obrero emblemático, tampoco lo ha habido en gran parte de la historia. Pero más aún, la pregunta es si es aceptable el capitalismo: ¿es justo, aceptable, el sistema de explotación, la pobreza, la miseria, la devastación ambiental?

Hasta qué punto se puede prescindir de la llamada iniciativa privada, expropiando a los propietarios de los medios de producción, como sugería el *Manifiesto...*, cuando el capitalismo neoliberal ha logrado precisamente lo contrario, abolió la iniciativa personal de 99 por ciento de las personas que no son propietarias de empresas, están desposeídas de medios de producción,

por lo que no serían víctimas de expropiación de empresas que no les pertenece; en contraste una proporción estimada en 1 por ciento de la humanidad concentra la mayor parte de los medios de producción y comunicación del planeta y se beneficia del trabajo colectivo. Habría que advertir, una vez más, que la lucha por el comunismo no se trataba, ni se trata, de cancelar la iniciativa personal de la gente ni la propiedad personal de la gente sino de transferir la enorme propiedad de todos los medios de producción que están en pocas manos, en poder de un núcleo plutocrático en cada país, para hacerla pública, someterla al control democrático de todos los trabajadores (Bensaïd, 2012).

La posibilidad de un gobierno obrero, de un Estado obrero, de la dictadura del proletariado, parece improbable si tomamos nota de que en el mundo hay una disminución drástica del sindicalismo. Por ejemplo, en Estados Unidos entre los años sesenta y setenta más de 50 por ciento de los trabajadores estaba sindicalizado, actualmente rondan apenas 23 por ciento o menos, y en Europa la tendencia es similar. La dirigencia del movimiento obrero, a fuerza de hacer concesiones al capital y al Estado, terminó por conceder su existencia misma y su poder. El movimiento obrero, que es la única fuerza capaz de detener los ataques a toda la población está de capa caída.

Y, sin embargo, cada que hay una crisis, se aparece el fantasma del comunismo. Como humanidad, no tenemos que fijarnos los límites tan estrechos del capitalismo, aceptar la imposición del criterio toral de la maximización de ganancia a costa de la explotación humana, la degradación ambiental, la violencia sistémica, la precarización del trabajo, la discriminación de las mujeres, el odio hacia los extranjeros, el exterminio de pueblos originarios, la segregación racial, la pauperización de la mayoría de la humanidad. Podemos y debemos aspirar a una sociedad mejor y distinta.

El ideal comunismo, expresado como una sociedad sin clases, libre de explotación, sin dominación estatal, donde se desplieguen las capacidades de cada quien y se retribuya a cada cual según sus necesidades, parece ser un proyecto utópico, pero necesario, donde se tendrá que ejercer la imaginación política para tomar el poder y ejercerlo como una potencia de transformación social con el apoyo del pensamiento crítico.

## Referencias

- Bensaïd, Daniel (2012), *La sonrisa del fantasma. Cuando el descontento recorre el mundo*, Madrid, Sequitur.
- Gorz, André (1982), *Adiós al proletariado (Más allá del socialismo)*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Gramsci, Antonio (2001), «La revolución contra *El capital*», *Avanti*, en <https://www.marxists.org/espanol/gramsci/nov1917.htm>
- Laval, Christian y Pierre Dardot (2015), *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*, Barcelona, Gedisa.
- Marx, Karl (2007), *Los debates de la Dieta Renana*, Barcelona, Gedisa.
- \_\_\_\_\_ (1988), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, México, Grijalbo.
- \_\_\_\_\_ (1988), *El capital. Crítica de la economía política*, México, Siglo XXI.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1998), *Manifiesto del Partido Comunista*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>
- Schierup, Carl-Ulrik y Simone Scarpa (2018), «Modelo en desorden: Estado de bienestar, dogmatismo de austeridad y cambio radical en las políticas de migración suecas», *Migración y Desarrollo*, 16(31), pp. 71-104.

Standing, Guy (2013), *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y Presente.

Thompson, Edward P. (2012), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing.